

TRANSFIGURACIÓN DEL SEÑOR, (A).

/ Felipe Fernández Caballero

Introducción

Esta fiesta, que se celebraba en Oriente desde el siglo IV, se fue difundiendo progresivamente en Occidente. El Papa Calixto III mandó celebrarla en toda la cristiandad el año 1457.

El evangelio de la Transfiguración se proclama también en el segundo domingo de Cuaresma para fortalecernos en el camino de la Pascua ya que no llegamos a la resurrección sino por el camino de la Cruz.

En el día 6 de agosto, cuarenta días antes de la fiesta de la exaltación de la santa Cruz (14 de septiembre), celebramos la Transfiguración con la alegría propia del contexto pascual.

Las lecturas de los domingos del Tiempo Ordinario en que se encuadra matizan cada año el sentido de la celebración de la fiesta. En este ciclo A las lecturas evangélicas describen, con parábolas el reino de Dios, ya sea en el tiempo presente como en su etapa última y definitiva.

Según san Mateo, el Reino se inserta en el tiempo por la aceptación de la semilla de la Palabra, es causa de alegría para quien lo acoge, tiene un dinamismo insospechado, y crece y se desarrolla contando con la acción paciente y misericordiosa de Dios.

Jesús se manifiesta en la Transfiguración como el Hijo amado del Padre. Escuchar su Palabra y seguirlo es dar entrada al Reino de Dios que se acerca.

LECTURAS DE LA PALABRA DE DIOS

MENSAJE CENTRAL

El Padre declara solemnemente en la montaña, ante Pedro, Santiago y Juan, que Cristo es su Hijo Unigénito a quien deben escuchar y seguir. Los apóstoles, que pueden contemplar la gloria de la futura resurrección, son testigos de ello. Cristo, investido de poder y gloria por el Padre, es el rey del universo. Los creyentes somos partícipes de los sufrimientos de Cristo y, en esperanza, partícipes de su gloria.

Primera lectura: Dan 7, 9-10.13-14.

La visión del profeta Daniel se proclama en la misa de hoy como un preanuncio de la escena evangélica de la Transfiguración de Cristo. En la primera parte el profeta aparece como testigo de una manifestación de Dios dispuesto a abrir en su tribunal una sesión del juicio sobre la historia. Se abren los libros en el que figuran los nombres de los sometidos a proceso y de los que accederán a la vida. Al evocar a Dios como un anciano venerable se destaca su perennidad, en contraste con la fugacidad y caducidad de la vida humana.

En la sesión van a ser sometidas a juicio todas las potencias históricas opresoras y destructoras. El conjunto del libro de Daniel constituye una crítica severísima a la

divinización del poder humano. Los reinos de este mundo pierden su hegemonía y tienen señalado su término; pero el poder que se alza contra Dios es aniquilado total y definitivamente.

En la segunda parte de la lectura de hoy, la visión se refiere a alguien semejante a un hijo de hombre que viene entre las nubes del cielo, se dirige hacia el anciano venerable y recibe de éste un poder, una gloria y un reino eternos cuyo destino es universal. El vidente tiene claro que para devolver el carácter verdaderamente humano a la historia es necesaria la intervención divina que se realiza a través del que viene entre las nubes del cielo, semejante a un hijo de hombre.

Sal 96: El Señor reina, Altísimo sobre toda la tierra.

Segunda lectura: 2Pe 1, 16-19.

La segunda carta de san Pedro llama a los cristianos a la vigilancia para evitar el error de los falsos maestros y para crecer en conocimiento y en gracia de Cristo. Los alienta a permanecer fieles al Señor en la espera de su venida gloriosa.

La carta describe a los falsos maestros de forma genérica, resaltando sus rasgos más notorios: son sectarios, apóstatas, desvergonzados que constituyen un desprestigio para la verdad, codiciosos y traficantes de perversas doctrinas. Los descalifica no tanto desde el punto de vista doctrinal, que también, sino en razón de los excesos y contradicciones de su conducta.

Frente a la acción deletérea de estos falsos maestros, el autor de la carta exhorta a los fieles a permanecer vigilantes en una conducta santa y religiosa mientras esperan la segunda venida del Señor y la instauración de unos cielos nuevos y una tierra nueva donde habita la justicia (cf. 2Pe 1, 16-18).

Esta segunda venida del Señor en poder ha sido anticipada en la Transfiguración de Cristo (vv. 16-18), de la que Pedro fue testigo ocular, y no tiene nada que ver con los mitos y leyendas de los falsos maestros, sino con la verdad de la Escritura inspirada por el Espíritu e interpretada autorizadamente por el mismo Espíritu, que habita en la comunidad eclesial.

Evangelio: Mt 17,1-9

Tres exigencias sobresalen entre las que comporta el camino del seguimiento de Jesús: el discípulo debe renunciar a los criterios humanos para conducirse conforme a los criterios de Dios; debe proyectar su vida en términos de donación y no de posesión; debe dar valiente testimonio de su fe incluso cuando su testimonio le reporte burlas, ultrajes y persecuciones. Estas exigencias vienen sostenidas por una promesa fortalecedora: la de gustar en cierta medida, ya aquí y ahora, el poder y el

esplendor del reino de Dios. El sentido de su pertenencia a ese Reino va configurando, como fuerza crítica y estimulante toda la vida del discípulo.

A tres apóstoles otorgó el Salvador una experiencia singular para exhortarlos a entrar por el camino de la cruz, iluminándolos y alentándolos. En la Transfiguración, el misterio de Jesús se desvela por un momento. La blancura deslumbrante de sus vestidos y el resplandor de su rostro hablan por sí mismos de su gloria. Las figuras de Moisés y de Elías y su conversación con él indican que la Ley y los Profetas han alcanzado su cumplimiento en el Mesías esperado, que colma todas las promesas y esperanzas. La voz del Padre confirma y culmina toda la revelación: Jesús es su Hijo amado.

El camino del seguimiento no resultará ya tan penoso, al menos si los discípulos no olvidan este destello de luz que, proveniente de la meta, han percibido en el monte santo. Todo el recorrido posterior queda bajo el imperativo de escuchar a Jesús y seguirlo. Auténtico discípulo es, pues, quien sabe escuchar al Maestro, aun cuando sus palabras incluyan la necesidad de aceptar la cruz y el sufrimiento.

HOMILÍA

El evangelio de la Transfiguración del Señor se proclama, durante el año litúrgico en dos ámbitos diferentes: el primero es el del tiempo cuaresmal para alentar a los cristianos a integrar en su vida el sufrimiento de la Pasión como paso necesario en el camino hacia la Resurrección de Cristo.

En cambio, el 6 de agosto celebramos, en un ambiente festivo, la fiesta de la Transfiguración del Señor, coincidiendo este año con el domingo XVIII del Tiempo Ordinario. Los evangelios de los domingos precedentes nos han descrito, con parábolas de Jesús, el reino o reinado de Dios. Al término de este ciclo de parábolas del evangelio según San Mateo, trataremos de relacionar con el reino de Dios la fiesta de la Transfiguración del Señor que este día celebramos.

El reino de Dios se hace presente en la persona, las palabras y los signos de Jesús. La escena de la Transfiguración desvela, por un momento el sentido misterioso y profundo de la persona de Jesús y, en consecuencia, del destino de los que caminamos con él. Su destino y el nuestro es el de la gloria que se manifiesta en la Transfiguración. Ahora bien, esa gloria no dispensa de vivir cada día la realidad presente en toda su dureza, ni de cargar con la cruz cuando ésta se presenta ineludiblemente. Pedro desea que la visión de gloria se prolongue. Pero la gloria del Reino no puede ser anticipada al margen de la voluntad de Dios. Las peticiones del Padrenuestro “venga a nosotros tu reino” y “hágase tu voluntad” están inseparablemente unidas. La visión gloriosa de la persona de Jesús, una vez que

cumple su cometido de fortalecer en la fe a los discípulos, los sitúa de nuevo ante la responsabilidad de escucharlo y seguirlo en la realidad cotidiana.

Todas las pretensiones humanas de anticipar en este mundo la felicidad plena y la plena satisfacción de los deseos dan origen al egoísmo individualista de quien se desentiende del dolor ajeno y, en la vida común, a sistemas capitalistas o colectivistas que producen más sufrimiento y dolor del que pretenden erradicar.

Las parábolas enseñan que el reino de Dios crece en este mundo a pesar del rechazo de muchos. La gloria de la Transfiguración se inserta en este mundo, según la voz del Padre que sale de la nube, cuando el Hijo es acogido y su voz escuchada y, en consecuencia, cuando todo hijo de hombre es valorado como hijo de Dios y respetado en su dignidad y sus derechos. El reino de Dios crece allí donde los que sufren hambre o sed, los que carecen de vestido o de casa, los enfermos o encarcelados, vejados o afligidos, son tratados como si tratáramos al mismo Hijo de Dios. (cf. Mt c. 25). El reino de Dios no crece con anticipaciones impacientes ni con inhibiciones egoístas o desesperanzadas, sino con el combate no sólo contra el sufrimiento propio sino también el ajeno, a imitación de Jesús.

Finalmente, las parábolas muestran que el reino de Dios llegará a su cumplimiento en la etapa última y definitiva.

El autor de la carta segunda de san Pedro exhorta a los fieles a permanecer vigilantes en una conducta santa y religiosa mientras esperan la segunda venida del Señor y la instauración de unos cielos nuevos y una tierra nueva donde habita la justicia (cf. 2Pe 1, 16-18).

La Transfiguración de Cristo, de la que Pedro fue testigo ocular, es un anticipo de la segunda venida del Señor en poder (vv. 16-18) . “No olvidéis una cosa, queridos míos, que para el Señor un día es como mil años y mil años como un día. El Señor no retira su promesa, como piensan algunos, sino que tiene paciencia con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda sino que todos accedan a la conversión. Pero el día llegará como un ladrón” (2P 3, 8-10).

A este respecto, el Concilio Vaticano II dice: “Dios nos enseña que nos prepara una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia (cf. 2P3,13) y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano”. Y añade: “La espera de una tierra nueva no debe amortiguar sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo (cf. GS, 39).

La Transfiguración del Señor, como visión anticipada del Reino, infunde ilusión y entusiasmo en la vida de cada día, de manera que los cristianos vivan consciente y

gozosamente su vocación, con el deseo de llevar a cabo un proyecto de vida, y construir, con los demás cristianos, un mundo mejor.

La celebración eucarística alimenta nuestra energía en el presente y la esperanza del futuro, con la seguridad de que el Dios que nos invita a escuchar y seguir a su Hijo para la implantación de su reino en el mundo, es el mismo que nos espera al final del camino con los brazos abiertos de Padre.